

Viene de página 40

todas las interferencias que aquí nos estarían prohibidas», detalla Waddington. «Además, necesitábamos tiempo para manipular y dejarlo todo lo más parecido a aquella época, pues una de mis preocupaciones es que los espectadores sintiesen ese olor en la pantalla».

El olor del XVII... y la psicología. Y ahí destaca, precisamente, el personaje de Fray Bernardo que ha defendido Luis Tosar: «Mi personaje tenía unos tintes más de comedia que en el guión era más explícito. Es un hombre de Dios que trabaja para la iglesia de espaldas a la jerarquía y a los guerreros y que confía en que la palabra de Dios sirve para hacer cosas muy buenas y muy eficaces. Y es muy práctico, no se an-

Las escenas madrileñas de la película se rodaron en Essaouira, Marruecos

«Lope hizo teatro con su propia vida. Supo ser una persona u otra, según para quién»

da con rodeos para hacer las cosas. Cuando Lope se mete en un lío, le dice: 'Anda arrodillate y vamos a confesarnos y hacer las cosas bien'. Y, además, con la confesión, le aconseja, porque no deja de ser un mentor».

El naturalismo, por tanto, es otra de las claves de este *Lope*. El director, de hecho, explica que quiso huir del lenguaje demasiado teatralizado, «aunque Lope fue una persona que hizo teatro con su propia vida».

Luis Tosar le secunda: «Es muy difícil extrapolar un lenguaje del siglo XVI, o del XVII a nuestro mundo del siglo XXI. En ese sentido, el guión es maravilloso porque el trabajo se ha hecho bien y todo suena sencillo. Es uno de los aciertos de la película».

Pero volvamos a eso de hacer «teatro con su propia vida». «Lope supo ser una persona u otra dependiendo del auditorio que le tocara». En ese sentido, la película lidia con dos formas de entender el amor. «Elena de Osorio es la *dominatrix*, la maestra, la profesora que le enseña a querer. Luego, el arco dramático del personaje hace que pase de un joven adulto a un hombre. Así, cuando rapta a Isabel para casarse con ella, es ya un hombre», apunta. «Y es que la suya fue una historia muy interesante».

Calixto Beito dejará la dirección artística del Teatro Romea después de 11 temporadas. A partir de la temporada que viene, Vieito se embarcará en un «nuevo y ambicioso» proyecto internacional arraigado a Barcelona, según adelantó. La empresa teatral Grup Focus, gestora del Teatro Romea, acompañará a Vieito en ese proyecto, según informa Europa Press.



La directora de cine iraní, Shirin Neshat, presidenta del jurado internacional de la sección 'Horizontes', ayer, a su llegada a Venecia. /ALESSANDRO BIANCHI

Venecia, mejor que nunca, esperemos

La Mostra empieza hoy con la edición más interesante de los últimos años

LUIS MARTÍNEZ / Venecia
Enviado especial

Lo dijo Arquímedes: «Venecia flota». En rigor académico: todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta un empuje vertical hacia arriba... Es decir, cuidado con las olas. O, si se prefiere una versión cinematográfica, el certamen que hoy se inaugura en la ciudad del agua ha dejado de zozobrar. Y esto, dadas las últimas ediciones, es noticia. Y relevante. Sea por el acoso del festival de Toronto que coincide en fechas y ambición o sea por la inestabilidad propia del lugar, lo cierto es que en las últimas ediciones el Lido veneciano vivió sumergido entre la ausencia de estrellas, el despiste y el olvido de Arquímedes.

Esta vez, con Tarantino de presidente del jurado, la cosa se anto-

ja diferente. De entrada, Darren Aronofski y Robert Rodríguez son los encargados de aportar nombres, ruido y estrellas desde el día de la inauguración. El primero, que ganó hace dos años el León de Oro con *El luchador* poco después de fracasar estrepitosamente con *La fuente de la vida*, desembarca de la mano de Natalie Portman y Winona Ryder, con *Black Swan*. A su lado, el mexicano (o lo que sea) Rodríguez, se deja acompañar por Jessica Alba en *Machete*, la película de lo que antes fue un simple y falso tráiler en el *Grindhouse* realizado a pa-chas con el propio Tarantino. Sueña algo complicado y, en realidad, es pólvora.

Lo demás es una sección oficial por la que despuntan nombres como Sofia Coppola, que acude con

Somewhere, una especie de vuelta de tuerca a *Lost in translation*; como Vincent Gallo, que insiste en la gracia del escándalo tras la *real felatio* de *The brown bunny* con *Promises written in water* («Me importa una mierda si la película se estrena»). Bien; como Dustin Hoffman, que reaparece en *Barney's version*, de Richard J Lewis; como Julian Schnabel, el responsable de *La escafandra y la mariposa*, que en *Miral* huele a Oscar o algo más grande, o como Monte Hellman, que literalmente resucita (en efecto, hablamos del creador de *Carretera asfaltada en dos direcciones*, la *road movie* totemica y existencialista de 1971).

Por supuesto, hay más. Por ejemplo, Alex de la Iglesia. *Balada triste de trompeta* es algo más que la nueva película del Presi-

dente de la Academia de Cine y último Premio Nacional de Cinematografía, es el regreso del bilbaino al estribillo que mejor se sabe: la comedia negra como el betún negro. Carlos Areces y Antonio De la Torre son dos payasos y, como tales, no hacen «ni puta gracia» (el entrecomillado es de Alex). De aquí al final, todo es ampolla. Y que duela.

Y habrá más. Ben Affleck presenta *The town*; su hermano Casey hace lo propio con *I'm still here* (un documental -o algo así- sobre Joaquin Phoenix, el actor que dejó el cine tras dejarse barba); Martin Scorsese recupera a Elia Kazan; Dennis Hopper es homenajeado con la proyección *integra* de *The last movie*... Y Arquímedes. Si las cosas han de flotar, hasta las ciudades. Y no hagan olas.

DECADENCIAS / LUIS ANTONIO DE VILLENA

Gaya: el pintor y el estilista

Dentro de un mes (el 10 de octubre) se celebrará el centenario de Ramón Gaya, un murciano longevo, pues murió en Madrid en octubre de 2005. Supongo que es el motivo de que Pre-Textos haya editado -en un tomo en papel biblia, con prólogo de Tomás Segovia- la *Obra Completa* del pintor que escribía. Falta la correspondencia, que se anuncia en un volumen posterior.

Gaya fue en todo un fino estilista y pintor de largo recorrido, pues empezó muy joven (en los años 20) con refinadas ilustraciones *art-deco* del momento. Pero lo que le terminará distinguiendo son sus óleos y acuarelas en homenaje a grandes cuadros y pintores, imágenes con no sé qué de oriental, en que el lienzo homenajeado se ve al fondo -en trazos rápidos, algo *zenistas*- mientras delante aparece una copa transparente o un búcaro con jazmines... Para su núcleo de admiradores, Gaya era un genio; para otros, un

fino pintor menor, relacionado con el 27. Gaya (de fuerte genio, *cerudiano* en eso y alguna cosa más) no tenía término medio. Era inteligente pero intemperante y así discutió con Juan Gil-Albert -cuyo estilo de prosa no le es ajeno- y se llevó bien con María Zambrano, por ejemplo. Exilado republicano, ni era marxista ni fascista (otra vez la *tercera España*) estuvo en México, pero también en Italia, sede de la gran pintura, donde escribió, en parte, su *Diario de un pintor* (1952-53), pleno de observaciones. También hay poesía de Gaya y muchas más páginas sobre pintura y pintores. Pero para mí uno de sus textos más bellos es *Velázquez, pájaro solitario* que, escrito en 1963, no vio la luz (y acaso minoritaria) hasta 1967. Ahí brilla el estilo pensador de Gaya, en ritmo de buena prosa, y también unas consideraciones llenas de lucidez sobre el magno artista sevillano. Velázquez pintaba el aire.

Vi pocas veces a Gaya (ya mayor) y siempre con dos o tres amigos, pero mi recuerdo es el de un hombre serio y amable. Lo que contaban de él era un carácter pronto a hacer explosión en las desavenencias. La España hispida que le tocó vivir (es hijo de la guerra fratricida y del exilio) se ve en sus apuntes regeneracionistas: «Milagro y cerrazón: en España lo que no es genialidad milagrosa, es cerrazón irredenta. No hay otras posibilidades». Es el deseo de una España más europea, que muchos hemos compartido, lejos del cerrado y sacristía o del esplendor extraño de El Escorial. Pero ¿se aplicaría Gaya así mismo tales cánones? Como Ramón, no era la España de siempre, la vieja, (como Cernuda, Juan Ramón, Gil-Albert, Guillén) fue el habitante de otra España que no estamos ciertos que esté donde debe, aunque se haya mejorado desde la posguerra. En esa España distinta pero muy española, Gaya sería un ciudadano de honor, un hombre inteligente, cultivado, liberal y un pintor de exquisita técnica y fineza, pero probablemente no sería un *genio*, tan difícil siempre. Gaya forma parte de esos ilustres secundarios que hay que conocer (brillante, a menudo). Pero un genio es bastante más que sólo eso.